

con Dios vínculos de amor y de gratitud, y á estos vínculos sagrados faltamos por el pecado. Ved si necesitais mas pruebas para conocer su gravedad.

¡Cuán grande es vuestra misericordia, oh Dios de amor! ¡Pues que siendo tantas las veces que hemos pecado, no nos habeis castigado segun hemos merecido! ¡Cuántos que cometieron menos pecados que nosotros, estarán penando y penarán por toda una eternidad en las cárceles del infierno! Me admira, mis hermanos, la bondad de nuestro Dios, que con tanta paciencia nos espera, pero me admira tambien nuestra ingratitud en ofenderle. ¡Ah! ¡Qué diferencia tan notable encuentro yo entre la conducta de los cristianos de los primeros siglos y la nuestra! Ellos conocian la gravedad del pecado, y por eso lo evitaban: nosotros no queremos persuadirnos de lo que es la culpa mortal, y por eso caemos en ella fácilmente. ¿Qué exijian los tiranos de los profesores del cristianismo? Tan solo que cometiesen un pecado de infidelidad. ¿Y con qué los amenazaban por conseguir su objeto? Con tormentos inesplicables: los cristianos veian los instrumentos destinados para los martirios, pero decian; mejor es perder la vida del cuerpo que ofender á Dios; debemos amarle y confesarle á presencia de todo el mundo, pues hagámoslo así: y negándose con el mayor valor á las pretensiones de los enemigos del nombre cristiano, gustosos corrian al lugar de los tormentos. Nosotros por el contrario, miramos el pecado como cosa de poco momento, y sin necesidad de amenazas, nos entregamos á los placeres que mas nos deleitan y llaman nuestra atencion. Pues sabed, cristianos, que tenemos el mismo Dios que ellos; los mismos mandamientos y por consi-

guiente los mismos deberes, y si para aquellos hubo premios por su santidad, para nosotros habrá castigos por nuestra maldad, si la gracia de Dios no nos saca del sepulcro donde nos hallamos muertos de mas de cuatro dias; mas para que tal prodigio se verifique es necesario que nosotros quitemos la piedra del pecado. Antes de sacar Jesucristo á Lázaro con vida del sepulcro, mandó que quitasen la losa que le cubria: *Tollite lapidem*. Ved aquí lo mismo que nos dice á nosotros: vuestro pecado es grave, es una losa que os tiene encerrados en un pestífero sepulcro, ¿quereis resucitar á la gracia? ¿Quereis vivir? ¿Quereis que se obre con vosotros un prodigio como el de Lázaro? Pues bien: estoy pronto: pero antes *Tollite lapidem*, quitad la losa del pecado.

Vosotros, mis queridos hermanos, deseais saber de qué medio os podeis valer para levantar tan pesada losa. Pues sabed que no es necesaria la fuerza de muchos hombres: basta solo que os decidais. ¿Habeis olvidado lo que hemos dicho ya en otros discursos de la presente Cuaresma, sobre la piscina saludable de la penitencia? Pues bien, ese rio de abundantes y cristalinas aguas, en ese tribunal establecido por la misericordia, del que nos redimió con su muerte, es adonde podeis lavaros de vuestros pecados, de esos pecados con que habeis ofendido la Magestad de nuestro Dios. Bañaos en ese mar de piedades, y en él dejareis esa pesada losa que os tiene prisioneros, y prisioneros de muerte. Empero si haceis tan santa resolucion, si deseais que se obre vuestra resurreccion espiritual, no lo dilateis de dia en dia, no sea que sorprendidos por la muerte, recordeis vuestro estado miserable cuando ya no os sea posible salir de

él. Vuestra conciencia, ese testigo fiel de vuestras acciones todas, os está avisando continuamente, y poniendo delante de vuestra vista toda la gravedad del pecado. No desoigais, pues, esos avisos, no ahoguéis las voces de la conciencia, con los clamores de las pasiones; las aflicciones, las desgracias, la escasez, los tormentos, la muerte misma es preferible mil veces á cometer un pecado mortal. Si lo habeis cometido, en tiempo estais; puesto que Dios quiere obrar vuestra resurreccion á la gracia: quitad como os he dicho la losa, es decir; reconciliaos por medio de la penitencia, y para que á ello os decidais de una vez, ya que habeis visto la gravedad del pecado, hablemos ahora de sus funestos efectos que es lo segundo que ofrecí, y para lo que espero me sigais favoreciendo con vuestra atencion.

SEGUNDA PARTE.

Trabajad con ardor, dice San Pedro, para hacer cierta vuestra vocacion y eleccion por las buenas obras, porque haciendo esto no pecareis jamás, y así os será dada largamente la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (1). En efecto cristianos, debemos trabajar por nuestra salvacion, aprovechándonos de las gracias que el Señor se digna concedernos. Claramente se nos demuestra esta necesidad en la parábola de los talentos, propuesta por Jesucristo, y que nos refiere San Mateo. Un hombre al partirse lejos, llamó á sus siervos y les entregó sus bienes, dando al uno cinco talentos, á otro dos

(1) II. D. Pet. cap. I, v. 10 y 11.

y uno al tercero. Despues de largo tiempo vino el señor de aquellos siervos y los llamó á cuentas. El que habia recibido los cinco talentos, como el que habia recibido dos, se los presentaron duplicados, porque habian ganado negociando con el dinero, y cada uno de ellos, mereció oír de los labios del señor estas dulces espresiones: Bueno está, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu señor. Empero el otro que habiendo enterrado el talento que recibiera, nada habia adelantado, lo sacó de la tierra, entregándolo á su señor, el cual dijo, quitadle el talento, y dádsele al que tiene diez talentos, y al siervo inútil echadlo en las tinieblas exteriores, donde será el llorar y el crujiir de dientes (1).

Señores: ya he dicho en otra ocasion, que no hay en el Evangelio palabra ociosa, y que todo él está lleno de lecciones saludables, para que guiándonos por ellas, logremos apartarnos de los peligros de perdicion, y consigamos la salud de nuestras almas, que es la verdadera salud, por la que el hombre debe trabajar sin tregua ni descanso. Dios nuestro Señor, no nos ha destinado á todos para apóstoles, doctores ó mártires, y aun á los mismos que estamos destinados al ministerio de los altares, nos ha repartido sus dones segun es necesario para el cargo á que nos llama: pero á todos los hombre nos ha destinado para un mismo fin, que es para salvarnos: á todos, pues, nos ha dado la luz de la razon, para todos ha sido la revelacion, y su Evangelio predicase segun su voluntad soberana á todas las gentes sin distincion de

(1) Math. cap. XXV.

clases ni gerarquías. Debemos, pues, emplear los dones que nos comunica en trabajar para nuestra salvacion. Si fué reprobado como inútil el siervo que escondió el talento y nada negoció con él, ¿qué será de aquel, que con doble malicia disipa lo que ha recibido, y se encuentra con sus manos vacías, al presentarse al Señor? Ved aquí toda la desgracia del pecador. No aprovechándose de los dones que ha recibido, desfigura en sí la imagen de Dios, tomando la del demonio, y este es el primer efecto del pecado mortal. El hombre que se halla en gracia, puede llamarse verdadero hijo de Dios, y siempre está dispuesto para entrar en la patria, ora la muerte le sorprenda al estar entregado al sueño, ora en medio de sus tareas. ¡Qué feliz es aquella criatura que vive en el cumplimiento de la divina ley! Dios se agrada de ella, le da sus especiales auxilios, le va aumentando la gracia, le favorece de un modo extraordinario, y le prepara una recompensa eterna: verdad es que el justo, experimenta á veces la afliccion, pero esto es un regalo de la Providencia, que quiere sufra algo para su mayor mérito, mas siempre recibe consuelos en medio de sus tribulaciones.

Ahora bien: despojad á la criatura de la gracia, por medio del pecado, y advertireis una transformacion extraordinaria. Perdió la joya mas preciosa, y con ella el derecho que tenia á la herencia del cielo que Jesucristo le conquistára con su sangre: ya es esclavo del demonio que le ha vuelto á aprisionar con sus duras cadenas, y en este estado le aguarda el infierno para recibirle. Tal es el segundo y el mas funesto efecto del pecado. ¿Qué es lo que pierde el hombre por el pecado? ¿Qué es lo que adquiere? Ya lo habeis

visto; pierde la gloria y el derecho de ver y gozar á Dios para siempre, y adquiere estrecha amistad con el demonio. ¡Qué horror! ¡Qué desdicha! ¡Qué infelicidad mas inesplicable! ¿Y es posible que por un placer momentáneo, por un capricho pasajero nos esponamos á tanto mal?

Parece increíble, mis hermanos, que haya criaturas tan faltas de razon, que contentas en el lugar de su ruina, permanezcan tranquilas en el pecado, sin considerar tan siquiera que pierden por él bienes infinitos. Seguramente que los que así obran no se han parado á considerar ni la gravedad del pecado, ni sus funestas consecuencias, pues de otro modo imposible parece que den mas preferencia á las tinieblas que á la luz, que escojan placeres momentáneos despreciando los eternos.

Cristianos que me escuchais, y á quienes creo animados de los mejores deseos en orden á vuestra salvacion, no olvidéis que estais obligados, como dice San Pablo, á tener una vida santa y llena de buenas obras. Vivir entregado á la ambicion, á la lascivia, á la soberbia, tener pensamientos de odio, de soberbia, de venganza, estar, en suma, envuelto en placeres, no es vivir cristianamente, sino de un modo gentilico. Estamos obligados á labrar el edificio de nuestra salvacion, pero este edificio debe tener por cimientos las virtudes. El árbol que no dé frutos, será arrancado y arrojado al fuego: esto que dice Jesucristo, nos demuestra que el cristiano que no trabaja en el negocio de su salvacion, no puede entrar en el reino de los cielos, pues que será desechado como antes dijimos. ¿No se distingue por el uniforme el ministro del rey? ¿Una librea especial no da á conocer los siervos ó dependien-

tes de ciertas casas? Pues el cristiano que es un siervo de Dios, debe dejarse conocer por su librea, y la librea de los siervos de Dios, son las virtudes. Un hombre habituado al pecado, uno que es la soberbia por costumbre, usurero por su ambicion, hipócrita por ganarse reputacion, ó que vive en criminales tratos, ¿podrá llamarse discípulo ó profesor de la doctrina de Jesucristo que nos dió ejemplos admirables de todas las virtudes, y las manda practicar? ¿Se creerá con derecho á una gloria ofrecida únicamente á aquellos que son observadores de la divina ley? ¡ Ah! Que yo no puedo menos de horrorizarme al contemplar el destino del pecador obstinado, la desgracia de aquel que está muerto en el sepulcro de las maldades.

Pecadores: Jesucristo lleno de bondad quiere verificar un prodigio con vosotros, desea obrar el milagro de vuestra resurreccion, y puesto que el pecado, cuya gravedad y consecuencias habeis visto, es la losa que os aprisiona, apresuraos á levantarla. *Tollite lapidem.* Hoy podeis hacerlo, y mañana tal vez será tarde, reconciliaos con Jesús por medio de la penitencia, llorad vuestros pasados extravíos, y emprended una vida verdaderamente cristiana, y de este modo lograreis vuestra espiritual resurreccion. *Tollite lapidem.*

Amorosísimo Redentor nuestro: así os lo ofrecemos desde este momento, y os suplicamos postrados en vuestra presencia, os digneis perdonar nuestros pasados extravíos, y darnos vuestra divina gracia, á fin de que adelantemos rápidamente en la práctica de las virtudes. Y ahora en prueba de nuestro dolor por haberos ofendido, os decimos de lo íntimo de nuestros corazones: *Señor mio Jesucristo, etc.*

SERMON

PARA LA DOMINICA DE PASION.

Las persecuciones suscitadas contra Jesucristo y su Iglesia desde el nacimiento del Cristianismo, solo han servido para aumentar sus triunfos y victorias y para hacer resplandecer mas y mas la verdad católica.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?

Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

Joan. cap. VIII, v. 46.

Tocaba á su término la predicacion de Jesucristo: milagros estupendos obrados á cada paso y á presencia de la multitud de gentes que le seguia por todas partes, confirmaban su celestial doctrina, y demostraban palpablemente su divinidad. Esto no obstante, lejos de convencerse los judíos, buscaban los medios de perderle. Hallábase el Salvador en el templo cinco ó seis meses antes de su muerte, y aprovechando la ocasion de verse rodeado por una multitud de israelitas, hizo un largo y admirable discurso, dándoles en